

EL DEMÓCRATA

Semanario republicano, defensor de los ideales liberales.

No tenemos otra filosofía que el amor á la Libertad. — Montesquieu.

EGOISMO SOCIAL

Cuando en las columnas de EL DEMÓCRATA escribimos nuestro artículo titulado *Indiferentismo Político*, comenzamos á apuntar algunos de los graves males de que adolece el modo de ser social. Nos proponemos continuar nuestro plan casi meramente positivo.

En la constitución social que impera como regla de coexistencia, no cabe negar que juega importantísimo papel el egoismo, lo que es de notar hoy más cuando en los immaculados campos de la teoría se esfuerzan los sacerdotes del saber en poner como lábaro de sus doctrinas, utópicas ó factibles, el predominio de los móviles altruistas sobre los individualistas. No queremos decir, sin embargo que hayan sido desconocidos estos principios en los tiempos antiguos: Lao-Teé y Confucio en China, Manú con su Mahabarata en la India, en el Egipto de los Faraones, en Asiria, en Persia, en el pueblo hebreo, en Grecia, en Roma, en el primitivo mundo cristiano, han fundamentado su filosofía religiosa ó, si se quiere, su religión filosófica, en el altruismo, en el amor al prójimo; solamente cuando la miserable naturaleza humana ha modificado los principios idealistas de las religiones convirtiéndolos en medio de opresión moral y aún material, los ideales altruistas han desaparecido ó cuando menos han permanecido desconocidos sinó negados.

Y no creemos necesario esforzarnos en demostrar el vicio radical que corrompe la actual sociedad. Veamos sinó algunos ejemplos.

El patrono que es director de un establecimiento de explotación agrícola, industrial ó mercantil, se halla en posesión de considerables fuerzas en la lucha por la existencia, las ejercita con tal rigor que alcanza su explotación al obrero, mermándole su ganancia, fijando largas y penosas tareas para su trabajo, y lejos de convertirse en tutor, por decirlo así, dentro de los límites que marca la autonomía personal é innegable, por su lógicamente mayor ilustración, se convierte en su tiranuelo y casi señor de vidas y hogares.

El obrero, en cambio, arrastrado por la palabrería de sus eternos explotadores, sanciona con su conducta un credo de odio y exterminio á la burguesía, como si formase con estas dos ramas antitéticas que se disputaran un territorio y cuya coexistencia fuese por tanto imposible, sin comprender el burgués y el proletario que no por la lu-

cha, sino por la armonía conseguirán ambos su relativo bienestar social.

El sacerdote olvidándose del prójimo, eje alrededor del que gira la doctrina de Jesús sancionada en el Gólgota, no se ocupa más que de atacar con las armas alevosas del insulto rastrero y la calumnia descarada á sus enemigos, confundiéndoles sin distinguirlos: masones, espiritistas, infieles, liberales, librepensadores, etc., colmándolos de tales dictérios que no compaginan con el título de *prójimo* que Jesús dió á todos los hombres. Y cuando en las salvajes regiones asiáticas ó africanas procura la *evangelización* de ellas que sus fines espiritualistas á otros menos puros que lo llevan á servir de sostén á empresas mercantiles ó á proyectos de despótica colonización; y aún cuando en el ejercicio de su más alta misión trata de convencer al salvaje, les habla más del odio á su tirano, que de amor á Dios y al prójimo; cuando más lo segundo es considerado como medio para lo primero.

Las sociedades todas, desde las más humildes, persecutorias de fines reducidísimos hasta las más elevadas, los Estados, que tienen como fin la realización ampliada de los fines individuales, todas anteponen mezquinos intereses materiales y personales, á causas santas por lo universales y humanitarias. En la sociedad internacional pesa más un kilómetro de frontera que la vida de una generación.

Pero ¿á qué cansarnos? basta tener en cuenta el concepto del egoismo para poder conocer los innumerables ejemplos de procedimientos egoistas. Se dice egoista del *individuo* que antepone siempre sus intereses, á veces miserables, á los de la sociedad, á los de todos los otros individuos, más elevados y trascendentales casi siempre. ¿Qué es el *individuo*? Todos los hombres son individuos pero no todos los individuos son hombres: al decir individuo entendemos por tal un ser, humanamente sociable físico ó moral, pero con existencia propia é independiente: el hombre es el tipo, las sociedades creadas por él son variedades, sin que importe la extensión de estas: el Estado es un individuo como lo es un círculo de recreo; lo es la iglesia católica, como lo es una lógica masónica.

No tenemos por precisos los racionios sobre el mal que causa el egoismo en todas las esferas. Por algo existe la vida de relación, si existe es porque nuestras fuerzas son débiles para luchar solas en el medio ambiente en que hemos de vivir, y esto implica la necesidad de sumar todas las fuerzas de todos los individuos para la perfecta

consecución de todos los fines, así espirituales como materiales.

El egoismo, que ahuyenta al prójimo del prójimo, es el óxido que hace torpe y peligrosa la marcha de las ruedas que forman el cada día más complicado engranaje social.

Desterrad el egoismo, dad cabida en vuestros pechos á los sentimientos altruistas y conseguiréis el bienestar social.

Por el amor y la caridad alcanzará el hombre su redención.

Pero ¡cuán difícil será conseguirla!

DEMÓDIDAS.

¡PARTIDO CATÓLICO!

Pocos días hace que hemos oído resonar en esta población una voz pronunciando frases nuevas; frases, cuya acepción puede prestarse á diversas conjeturas, y cuyo alcance debiera por lo tanto concretarse y definirse, á fin de saber á que atenernos. Preguntado por su filiación política uno de nuestros concejales, contestó, afirmando pertenecer al partido católico, como si el catolicismo dejando de ser una creencia universal muy por encima de todas las fracciones políticas, pudiera encogerse y amoldarse á los estrechos y reducidos límites de un programa de partido.

Nosotros habíamos creído hasta ahora, y seguiremos creyendo hasta la eternidad, si no se nos demuestra lo contrario de un modo claro y terminante, que dentro del catolicismo caben todos, absolutamente todos los partidos políticos, fundados en el hecho de ser dos cosas totalmente distintas, y no contradictorias, la religión y la política, el dogma y las doctrinas sociales y gubernativas. Por cuyo motivo, siempre hemos sustentado que tan católico puede ser el que viste gorro frigio, como el que adora la corona; tanto el que predica y combate por la igualdad, libertad y fraternidad; como el que cree y lucha por la sujeción y obediencia á las antiguas tradiciones, al régimen absoluto ó á las instituciones actuales. Y en comprobación de nuestro aserto, podemos aducir, que en varios casos, el sentimiento católico se conserva mas vivo, mas puro y mas completo en el corazón de algunos sencillos demócratas, que en el pecho de muchos que haciendo vana ostentación y alarde de sus sentimientos católicos, andan delante las procesiones cabizbajos, armados de sendos rosarios de gruesos granos, y llevando de manera que el público lo vea el imprescindible devocionario. ¡A cuantos de estos podrían aplicarles con muchísima razón aquellas pa-

labras que Jesucristo lanzaba contra los fariseos! ¡Cuántos de ellos son sepulcros blanqueados!

Algo, y aun algo más, podríamos adelantar por este camino, si nuestra delicadeza no nos lo prohibiera ante el temor de herir la susceptibilidad de algunas buenas, honradas y respetabilísimas personas, que militan en opuesto bando, y podrían darse por aludidas, apesar de ser generales nuestras afirmaciones y de hacerlas sin preconcebida y dañada intención.

Si lanzada la especie referida hemos tomado la pluma, á ello nos ha movido el temor de que unos cuantos atrevidos ó mal aconsejados, quisieran servirse de nuestra religión como de señera de combate, para una bandería dada, á fin de poder lanzar á mansalva, parapetados en tan sagrado recinto, sus dardos envenenados contra sus enemigos políticos. No se nos diga que nuestros temores son infundados; pues ya es muy viejo, y de puro viejo casi gastado, el medio de pegarse á la religión, como las lapas á las peñas, y servirse de las creencias religiosas á modo de irresistible ariete para el logro de bastardas ambiciones y como medio poderoso de lucro personal. Quien más, quien menos de nuestros conciudadanos podría citar el nombre de varias personas, que, aún hoy día, tienen siempre la profesión de fé en los labios, y no obstante, sus hechos desmiente claramente sus palabras, y los sentimientos que se anida en su alma pugnan con sus manifestaciones externas.

Mucho, muchísimo sentiríamos, por las desastrosas y terribles consecuencias que de ello pudieran sobrevenir á nuestra desdichada nación en general y á nuestra querida ciudad en particular, que algunos hipócritas ó mal intencionados tomaran como lema de sus luchas en el terreno de la política el santo lábaro de Constantino, y, que arrastrados por su fanatismo ó ambición, convirtieran en objeto detestable de odios políticos, lo que ha de ser, y, no puede ser otra cosa, que iris de paz para todos los partidos, centro neutral de todas las fracciones, y templo santísimo donde vengan á posternarse simultáneamente el republicano y el monárquico, el constitucional y el íntegro, el absolutista y el defensor del pacto sinalagmático.

Comprendemos perfectamente que, aunque nacido de ayer, la rapidez de su crecimiento y la vigorosa pujanza con que se levanta el partido republicano hacen temblar á mas de cuatro vividores trasnochados que medraban á sus anchas con los vetustos moldes de nuestra política; sabemos muy bien que el triunfo de los ideales republicanos derrocaría del pedestal en que se asientan á esos nuevos ídolos, reduciéndoles á la nada de donde jamás debieran haber salido, y estamos finalmente convencidos de que su hora se acerca á grandes pasos y que de nada á de valerles, para librarse del término fatal, el pulirse con fuerte tinte ó barniz católico, ni el arrimarse á los verdaderos creyentes abusando de su candidez y arrastrándoles á luchar unidos contra las ideas nacientes. — UN VERDADERO DEMÓCRATA.

LA ENVIDIA

Más hiere una mala lengua que una espada afilada.

La envidia, lectores queridos, es una pasión tan baja, tan ruin y tan vergonzosa, que difícilmente hallaríase un hombre lo suficientemente pervertido que se atravesara á confesar que la tiene.

A la inversa de la *emulación*, sentimiento noble y altruista que hace germinar en nuestro corazón las elevadas concepciones del bien, la envidia engendra en el corazón del envidioso pensamientos tan ruines, que la fiera seguramente no les diera albergue en el suyo.

Demóstenes, el inmortal orador griego, decía; «la envidia es la inagotable fuente de todos los vicios y el envidioso el gusano roedor de la honra y tranquilidad de los hombres.»

El ilustre vencedor de los persas en Salamina, Temistóles, fué víctima luego de los envidiosos que consiguieron condenarle al ostracismo.

Donde exista un envidioso no esperéis hallar paz, tranquilidad, confianza ni fraternidad, toda vez que esos goces no son el *medio* ambiente apropiado para su vida.

El envidioso alimenta su atrofiado cerebro de la murmuración, y es tal su desmesurado afán de anular la causa de su baja pasión, que sin reparar en lo inicuo de su proceder llega de vileza á espía y delator.

Pretextando que va á prestar un servicio á la verdad (con la cual está siempre reñida, pues sabido es que el envidioso es á la vez embustero), escudriña la conducta ya pública, ya privada de los hombres, convirtiendo su domicilio en inspección de policía ó centro de información, y si consigue que su baja pasión halle eco en otros seres tan desgraciados como él, y de estos recibe fementida correspondencia, la guarda cual oro en paño, y sólo la da á luz y la lee y la relée en los momentos aquellos en que el sujeto causa de su envidia conquista con sus talentos ó sus trabajos, simpatías y plácemes de los que no conocen la viciosa pasión que á él le devora.

Quintiliano dijo que «el envidioso no se diferencia del perverso, sino en la ocasión de hacer el mal» y nosotros, abundando en todo lo que sea combatir la envidia, diremos, que el envidioso es el ser más desgraciado que existe, á causa de ser *su medio ambiente* la murmuración el celaje, el sarcasmo, la calumnia, la vileza y la delación.

¡Pobres seres aquellos que la envidia los devora! Dignos son de lástima y conmiseración.

Omero.

CRÓNICA

Acto de conciliación.— Nos consta que nuestro director D. Juan Torres tiene presentadas las papeletas al Juzgado Municipal de esta ciudad, al objeto de celebrar acto de conciliación con D. Miguel Sintés y Mercadal, para querrellarse criminalmente con el mismo por injurias y calumnia vertidas por el segundo contra el primero.

Destitución de dos serenos.— El hecho de haber sido destituidos dos serenos, quienes de tiempo atrás venían desempeñando sus cargos cumplidamente y á entera satisfacción del vecindario, pues no había, que sepamos, reclamación alguna contra los mismos, ha dado lugar á numerosas suposiciones de parte del público.

Al principio se creyó lógicamente que dicha destitución obedecía á una falta grave y plenamente probada; pero rumores posteriores, desmitiendo tal suposición, atribuían el hecho á la simple denuncia de otro sereno, que es, ó se titula cabo, y que según los propios rumores, se la tenía jurada á los pobres destituidos, por haber éstos, (en ocasión no lejana), demostrado la voracidad de los faroles que aquél cuidaba, los cuales se tragaban una cantidad de petróleo considerablemente mayor á la necesaria para el consumo ordinario. A lo dicho, añade el rumor, que la destitución fué pronta, rápida, inesperada sin la previa comprobación de la verdad de la falta y sin dar lugar á los acusados á la propia y natural defensa.

De haber sucedido así, no quedaría bien librada la conducta del Sr. Alcalde; pues habría rebajado su dignidad al nivel de ser instrumento de venganzas ajenas; y aun concediendo ser la acusación no hija del ciego deseo de venganza, no debe nunca procederse á la imposición de la pena sin plena comprobación de la falta y oyendo siempre al acusado. *Nemo inauditus debet damnare.*

Hay otra versión popular que únicamente discrepa de la anterior respecto de la persona que destituyó á los serenos. Tal vez esta segunda versión sea debida al deseo de salvar al Sr. Alcalde de las consecuencias apuntadas.

Nosotros, que ya otra vez hemos reconocido los nobles sentimientos de nuestra primera autoridad, nos inclinamos á la segunda versión por creerle más conforme con el concepto que del Sr. Conde tenemos formado. En este nuevo rumor popular se afirma que el rayo cominatorio para los serenos no partió de la Alcaldía, sino que fué lanzado por el primer teniente, quien absorbe, al parecer, todas ó casi todas las atribuciones propia del alcalde, aun estando éste en el término municipal y en la misma ciudad.

A pesar de inclinarnos á esta explicación, algo extraña ella que nos hace muy costosa su admisión absoluta. ¿Desconocería el señor Alcalde el desairado papel que estaría representando de ser esto verdad? ¿Ignoraría haberse convertido en un mero editor responsable de los actos ejecutados por otros? Además, el Sr. Conde no puede ignorar que la era de los favoritos ha pasado: que si un tiempo los reyes absolutos, que no reconocían más ley ni obligación que su soberana voluntad podían tener favoritos; no pueden usar semejantes libertades los alcaldes constitucionales, cuyas atribuciones y casos en que pueden delegarlas á otro, están explícitamente detallados en el articulado de la vigente ley municipal.

Procuraremos indagar la verdad de los hechos á fin de tener á nuestros lectores al corriente de un asunto que tanto juego ha dado en nuestra población.

Enhorabuena.— En la tarde del sábado llegaron á esta ciudad, procedentes de la Península, nuestros amigos D. José, D. Manuel y D. Pedro Salord y Menendez Arango habiendo terminado los dos últimos las carreras de Medicina y Derecho, respectivamente. Al darles nuestra bienvenida unimos á esta nuestra franca enhorabuena.

Serenatas.— En la noche del domingo fueron obsequiados con serenatas por el orfeón «La Alborada» los jóvenes Salord recién llegados á ésta y los valiosos republicanos D. Manuel Biescas Florit y D. Guillermo Moll, acudiendo á ellas numerosa concurrencia.

9 de Julio.—O mejor dicho 10 de Julio porque en este día tuvo lugar la conmemoración del aniversario de la toma y saqueo de Ciudadela por los musulmanes al mando de Mustafá Piali. En la Catedral, después de celebrada la misa de *requiem*, el Pbro. D. Miguel Pons Gorrías pronunció la acostumbrada oración fúnebre.

* *

Acto seguido en las Casas Consistoriales celebró sesión extraordinaria de duelo, dándose lectura al acta levantada en Constantinopla por el Notario D. Pedro Quintana á petición de los cautivos menorquines llevados á Turquía después del infausto día de 9 de Julio de 1558. Cuando recordamos nuestros casi legendarios héroes y contemplamos nuestros *hombres* actuales....

Caixés.—En la sesión ordinaria celebrada por nuestro Ayuntamiento el día 10 del actual se nombraron mayordomos ó *caixés* para la inmediata fiesta de S. Juan, siendo elegidos:

Caixé senyor: D. Bernardo Olives.

Capellana: D. Gabriel León Vivó, Pbro.

Caixés pajesus: D. Pedro Marqués Torres, de *Torraubet*, y D. Lorenzo Bosch Pons, de *Egipte*.

Caixé menestral casat: D. Diego Casanovas Oliver.

Caixé fedri pajes: D. Juan Campins Camps.

Fiesta de Carré.—El lunes de esta semana, festividad de San Cristóbal, los animosos operarios del taller de los Sres. Cortés y C.^a promovieron y llevaron á cabo una fiesta callejera, á la que contribuyeron los vecinos de la calle Nueve de Julio.

Por la mañana recorrieron algunas calles parodiando un acto tradicional bien conocido entre nosotros, verificándose por la tarde algunos juegos propios del caso.

Si bien estuvo muy concurrida todo el día dicha calle, al declinar la tarde fué numerosísima la concurrencia por haber sido invitado el orfeón «La Alborada», el cual cantó bonito repertorio, siendo aplaudido á cada pieza por el público, que se entusiasma siempre que tiene ocasión de admirar los progresos de la nueva sociedad coral.

Otra fiesta callejera.—Mañana la celebrarán también los vecinos de la calle de Alayor.

Riego.—Se han acercado á uno de nuestros redactores varias señoritas de las que hacen sus encantos los domingos, frente al «Club Republicano» y en el Paseo del Borne pora que insistamos en la necesidad de que se rieguen los paseos antes de que toquen las bandas en ellos. Creemos que algún concejal republicano se interesará en la cuestión, ya que el Alcalde hace caso omiso de nuestras solicitudes.

Incendio.—Copiamos también de «El Liberal» mahonés:

Nos comunican de Ferrerías que de 9 á 10 de la noche del día 8 de los corrientes el colono del predio «Son Medina» de aquel término municipal, propiedad de nuestro querido amigo, el diputado por Menorca, D. Rafael Prieto y Caules, fué avisado por un transeunte de que el trigo de la era y las gavillas colocadas á su alrededor estaban ardiendo.

El colono, los mozos de labranza y los vecinos que se apercibieron del hecho acudieron inmediatamente á extinguir el fuego, lo que pudieron lograr después de algunos esfuerzos.

Calcúlase que se han perdido unas 50 cuar-

teras de trigo además de las gavillas consumidas por el voraz incendio.

El Juez Municipal entieude en el asunto.

Rayo.—Durante la tormenta que descargó el jueves sobre esta isla, un rayo cayó en el caserío de «Binietap» de dalt, (término municipal de Mahón), propiedad de Pedro Pons Coll entre 11 y 11 media sin ocasionar desgracias personales; en cambio produjo grandes desperfectos en las habitaciones, algunas de cuyas paredes están completamente inservibles. También agujereó una lata de petróleo, pero sin prenderle fuego, lo que fué una gran suerte para los habitantes del caserío. El susto que recibieron éstos fué grande, habiendo salido la payesa escapada y dando grandes alaridos, para ir á refugiarse á casa de un vecino.

Sorprendente golpe de vista.—Los 21 buques que componen la Escuadra Francesa del Mediterráneo que visitará en breve el puerto de Mahón, se compone de los acorazados siguientes:

Brennis que arbola la insignia de Vice-Almirante Mr. Fournier, *Massena*, *Bowet*, *Charles Martel*, *Carnot* y *Jaureguiberry*, de 12.000 á 13.000 toneladas cada uno.

Tres Cruceros acorazados de 1.^a clase: *Pottman* de 5400 toneladas, *Chanzá* de 4600 toneladas y *Latouche Treville* de 4600 toneladas.

Tres cruceros de 2.^a y de 3600 toneladas: *Duchayla*, *Cassard* y *D'Assas*.

Tres Cruceros de 3.^a de 2300 toneladas cada uno: *Galilée*, *Linois* y *La voisier*.

Dos avisos torpederos de 1.000 toneladas, *Léger* y *Levrier*.

Cuatro torpederos de alta mar de 500 á 600 toneladas.

Forbau, *Chevalier*, *Cyclone* y *Flibustier*.

BIBLIOGRAFÍA

LAS INSTITUCIONES CORALES DE MENORCA por D. Pedro Ballester y Pons, Abogado.—Mahón.—Imp. de B. Fábregues.—1899.

Hemos recibido este interesante folleto del cual nos ocuparemos debidamente en el próximo número. Damos las gracias al autor por el ejemplar que nos ha remitido.

ÚLTIMOS TELEGRAMAS

Madrid 12.—Los socios del Circulo Mercantil de S. Fernando combatirán los ataques que el Sr. Paraiso hace á la Marina.

El Gobierno ha manifestado que en caso de encontrar obstruccionismo en la aprobación de los presupuestos apelará á las sesiones permanentes.

Madrid 12.—La mesa del Congreso entregará hoy á S. M. la Reina la contestación de la Cámara al Menaje.

Dice Polavieja que no desautorizará las declaraciones hechas por Matane en contra de varios ministros.

Madrid 12.—Reunido el Consejo de Ministros se han puesto á discusión los nuevos presupuestos bajo la base de una economía de 15 por 100 sobre los anteriores.

El Sr. Silvela ha manifestado que en total la fórmula posible para la confección de dichos presupuestos es hacer una rebaja de un 6 por 100.

Madrid 13.—En el Consejo de ayer se habló de arrendar los arsenales y de hacer otras economías, sin embargo no se tomará acuerdo sobre ello hasta el Consejo del lunes.

Los catalanes han acordado pedir que el empréstito que se trata de hacer se amplie en mil millones más y que éstos se destinen á construir canales de riego, en mejorar los pantanos y en hacer carreteras.

Madrid 13.—S. M. la Reina Regente ha cedido medio millón de pesetas de la lista civil

en favor de la hacienda pública. Esperábase que ésta determinación regia motivaría la crisis por cuanto el Sr. Silvela era contrario á ello.

JUAN EL CANTERO



I

Nadie sabía quienes eran los padres de Juan; se había presentado en el escenario de la vida entre harapos, y con harapos seguía vestido; primeramente fué recogido por una anciana del arroyo donde su desnaturalizada madre lo dejó, después... ¡ah!... después comenzó á pasar el calvario del obrero. Cuando apenas contaba cinco años Juan, era ya un hombre, es decir, ya comenzaba á comprender la desigualdad de este mundo donde muchos trábajan para que vivan en la opulencia unos cuantos.

Todavía, en medio de las privaciones y vigiliias que pasaba el pobre Juan en compañía de aquella anciana, único ser que en el mundo le prestó auxilio, estaba contento con su suerte y el día que lograba reunir unas cuantas monedas para que los dos comieran, se creía el más feliz de los mortales.

¡Cuántas lágrimas le costaba muchas veces el reunir aquella cantidad que la anciana le fijaba!... ¡Cuántos desprecios sufría para reunir aquel dinero!... ¡Cuántas horas pasaba por el arroyo recibiendo la lluvia y aguantan-do el frío!...

Sin embargo, todo lo daba por bien empleado cuando conseguía que aquella madre postiza estuviera contenta.

Cuando en la calle oía pronunciar á los niños de su edad la palabra madre, sus órbitas se llenaban de lágrimas y de su infantil pecho brotaba un profundo suspiro que hubiera hecho estremecer al corazón más duro.

La desgracia, compañera inseparable de los que en ella nacen, vino una vez más ha cebarse en el infortunado Juan, cuando apenas tenía once años; aquella anciana que constituía toda su familia, desapareció del mundo de los vivos dejando á nuestro protagonista en el mismo lugar donde lo había encontrado, en el arroyo.

Desde aquel momento la vida de Juan fué más azarosa si cabe, que lo que hasta entonces había sido; ya no tenía ni la sucia habitación que la anciana le proporcionaba para guarecerse de las inclemencias del tiempo y de las frías noches de invierno, ni una madre, aunque postiza, que arreglase sus harapos para evitar que sus carnes se vieran de entre ellos.

¿Qué hacer?—Se dijo el joven al verse en tan apurada situación.—Y su corazón le dijo: Trabajar y ser honrado.

Recorrió todos los talleres de la corte, anduvo todas las casas, y ni en unos ni en otras encontraba lo que él sin descanso buscaba. Al fin halló un sitio donde trabajar; un contratista de obras lo admitió como aprendiz y allí comenzó su segunda explotación.

Su nuevo *amo* no le dejaba ni un rato de descanso, quería sacar, á aquel cuerpo débil y enfermizo, todo el jugo, posible para convertirlo en dinero que fuera á engrosar el capital que con el sudor de otros infelices había hecho.

Así pasó Juan hasta los veinte años; á costa de grandes sacrificios y sufrimientos, consiguió aprender el oficio de cantero, y cuando confió en sus fuerzas y en su saber, pensó en crearse una familia, un hogar donde poder descansar las horas de ocio.

¡Cuántas ilusiones forjó su fantástica mente! ¡Cuántas dichas veía en lontananza!

A poco de cumplir los veinte años Juan, se casó.

II

¡Qué feliz vivía él en su casita!... ¡Qué alegría experimentaba cuando regresaba después de doce horas de penoso trabajo y era recibido por su cariñosa esposa con los brazos abiertos!...

Él que estaba acostumbrado a vivir en el desprecio, quería como se merecía a aquella mujer que lo recibía con caricias, cosa nunca hecha por las personas que hasta entonces lo habían tenido en su compañía.

Al año justo de haberse celebrado la boda de Juan con Clara, nació de aquella unión una preciosa niña que parecía mandada por la Providencia para endulzar las amarguras de aquel trabajador hijo de la desgracia.

Desde que Consuelo—que así se llamaba la niña—vino al mundo, redobló Juan sus esfuerzos por ganar más sueldo, su aplicación fué tanta, que a los dos años de haber tenido a aquélla, pasaba por uno de los canteros mejores de la capital.

Juan seguía relativamente bien, él trabajaba y su esposa ahoraba, si ahorar se puede, algunos cuartos del jornal que le entregaba su esposo por entero.

El tiempo fué pasando, la niña se hizo mujer y entonces comenzó de nuevo el martirio de Juan.

Su principal había fijado los ojos en aquella jóven y ponía todos los medios que a su alcance estaban, para conseguir sus torpes apetitos.

La hija del honrado obrero despreciaba una y mil veces las ofertas de aquel monstruo, que no contento con explotar a su padre, se quería hacer dueño de lo que más quería Juan, de su hija.

Pero lo que no podía lograr de una manera, quiso conseguirlo de otra; entonces despachó al padre de la obra, para ver si así, sitiando a la familia del obrero por hambre, lograba a costa de un puñado de oro, ganado por el sudor del obrero, mancillar la honra de la hija.

Juan y su familia pasaron mil privaciones y para que todo viniera a aumentar su desgracia, se murió Clara, la mujer en que él puso todo su cariño.

Preso de amargo dolor por tan fatal golpe, el obrero buscó por todas partes trabajo, pero todo en vano, parecía que todos los años se habían unido para que por fin cediera por hambre, a lo que nunca hubiera cedido de buen grado.

Desengañado de que en la corte no podía trabajar, marchóse con su hija a una capital cercana donde encontró colocación.

Allí vivían felices padre é hija; lo único que le hacía entristecer a Juan era el no poder visitar la tumba que guardaban los despojos corporales de la mujer que con locura lo quiso.

Una noche cuando volvió del trabajo Juan, su hija había desaparecido.

Pintar el dolor que el obrero experimentó al verse solo, es imposible; buscó a su hija por todas partes, pero en vano, no pudo conseguir saber una palabra sobre su paradero.

A los pocos días quedaba ciego el pobre Juan por la explosión de un barreno.

III

En la puerta de una iglesia pide limosna un ciego de unos cuarenta y cinco años, y a su lado imploraba la caridad una joven también ciega de unos veinticinco.

Ya llevaban dos horas en aquel lugar los dos mendigos, cuando salió un caballero y fijándose en el ciego depositó en su mano una moneda de cinco pesetas; al coger la moneda

el ciego, notó un calor extraordinario en todo el cuerpo que le hizo recostarse en la pared creyendo que iba a ser atacado por un síncope.

Un caballero observaba los movimientos del mendigo y el efecto que le producía la limosna.

El ciego un tanto repuesto de su turbación dijo: ¿A quien debo tanta caridad?

El caballero se acercó y le dijo su nombre.

Cambió de color el mendigo, de sus vacías órbitas se deslizaron dos lágrimas y cogiendo la moneda con nerviosa mano la arrojó en la dirección que salía la voz, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras:

—No quiero dinero de quien me deshonró al engañar a mi hija.

Al mismo tiempo que sonó la moneda en el suelo, un grito horrible salió de la garganta de la ciega que a su lado estaba y a tientas fué a buscar a aquel mendigo que despreciaba la limosna que le habían dado, cuando lo encontró, lo estrechó con efusión contra su pecho al mismo tiempo que se anegaba en llanto.

Una vez repuesta de la primera impresión preguntó el nombre del que le había dado la limosna, a lo que el ciego respondió: Enrique Suárez, el que deshonró a mi hija Consuelo.

¡Padre, padre!... ¡Perdón!... gritó la ciega cayendo al suelo desmayada.

Los dos mendigos eran Juan y Consuelo, padre é hija; el caballero que dió la limosna, el principal de Juan, el que deshonró a Consuelo é hizo que esta abandonara a su padre.

Desde aquel día los dos ciegos piden juntos limosna; las perversas y carnales ideas de un hombre los había separado y los juntó la desgracia, una moneda puesta en la mano del padre por el ladrón de la honra de su hija.

T. OSÁCAR.

LO QUE YO QUIERO

Yo, que en acerba agonía lloro el triste sacrificio de la pobre patria mía, á quien todos á porfía empujan al precipicio;

Yo en mi ruda decepción, aspiro á que con tesón rompa España su marasmo, y concluya... este sarcasmo que llaman Revolución.

Yo quiero en mis aflicciones, que acaban tantas traiciones, tanto error... tantas venganzas, que secan las esperanzas en todos los corazones.

Sediendo de libertad, yo quiero moralidad, que en sí la ventura lleva. Yo quiero... una cosa nueva; pero que sea verdad.

Sin ruindad y sin doblez, yo quiero ver si se inicia un sistema alguna vez, que lo inspire la honradez, el pundonor, la justicia.

Que el vil rencor apaguemos, que no haya luchas, ni reyes, ni tiranías que odiamos... más, que todos respetemos el libro de nuestras leyes.

Al vuelo de ilustración, yo quiero que la razón contra la fuerza se vuelva, y que todo lo resuelva la luz de la discusión.

Que al estrecharse las manos nuestra sociedad, recobre sus sentimientos humanos,

y se abracen como hermanos lo mismo el rico que el pobre.

Hoy que la esperanza muere quiero que de aquí se aparte la discordia que nos hiere, y que el comercio prospere y que se agigante el arte.

En mi entusiasmo yo quiero que se abra en ancho venero la agricultura perdida; que haya calor... que haya vida en el taller del obrero.

Y que el génio de la guerra que hoy á los pueblos aterra, haga fundir sus cañones en hoces y en azadones para cultivar la tierra.

Buscando triste renombre no quiero que España asombre, ni alce en bélicas proezas cuarteles y fortalezas para ametrallar al hombre...

Mas quiero que mis hermanos buenos, dóciles y humanos, con sus instintos morales fundan muchos hospitales para los pobres ancianos.

En mi aspiración sincera quiero una paz duradera, Que el país vuelva á su centro; que nos respetemos dentro y que nos respeten fuera.

Santificando el trabajo quiero que una ley se escriba que arranque el error de cuajo; que no haya presión abajo ni haya crímenes arriba.

Quiero que el error concluya; quiero que radiante vibre la luz, y la sombra huya; quiero que el hombre se instruya para que sepa ser libre.

Diluvios de libertad que son sublime verdad ahoguen los resentimientos, y remueven los cimientos de esta vieja sociedad.

Qué al fin la duda se incline ante la fé que acrisola.

Y para que el mal termine quiero que Dios ilumine á la nación española.

ANTONIO LUIS CARRIÓN.

EL DEMÓCRATA

Semanario republicano, defensor de los ideales liberales.

Se publica todos los sábados.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Una peseta trimestre, pero para facilitar el pago se cobrará mensualmente del siguiente modo: los dos primeros meses 30 cénts. de pesetas cada uno y el tercer mes 40 id.

Los Anuncios y Reclamos á 5 cénts. de peseta la línea.

Los títulos y viñetas, el lugar que ocupen. Gratis á los suscriptores, satisfaciendo solo los derechos del timbre.

Comunicados y Remitidos á precios convencionales, dejando siempre su firma reservada en esta Redacción.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN.

Ciudadela. En la Redacción del mismo, calle de Arguimbau n.º 22.

Mahón. En la imprenta de D. Bernardo Fábregues, Calle Nueva n.º 25.

Para vender

Lo está una casa, sita en la calle de Mahón, núm. 1. Para informes en esta imprenta.

Imprenta y librería de Salvador Fábregues.